

Peter Wolf

*Para que la Alegría
permanezca*

La renovación espiritual según el P. José Kentenich

Para que la Alegría permanezca

La renovación espiritual según el P.José Kentenich

Queridos Hermanos :

Muchos sacerdotes viven, en su empeño pastoral, tiempos de alegría y plenitud, y tiempos de agotamiento y sobrecarga.

Hay días en que las tareas confiadas a su ministerio les sirven de apoyo y enriquecimiento. Hay también días, y tramos del camino que consumen sus energías y hacen la carga pesada.

Las exigencias del cotidiano servicio pastoral parecen no tener límites. Muchos hermanos tienen varias comunidades que pastorear, lo que les obliga a duplicar esfuerzos y los expone a generar insatisfacción en la gente y en ellos mismos. Se sienten cada vez más extenuados y agobiados por la obligación de siempre y sólo dar, con el consiguiente vaciamiento espiritual.

Las generaciones de hermanos que nos han precedido dieron lo mejor de sí para estar a la altura de lo que se espera de nuestro ministerio. Pasaron horas enseñando en las escuelas o sentados en el confesionario : también eso produce cansancio.

Hoy el estrés se genera en el tratamiento específico que cada situación demanda : cada boda, cada bautizo, cada visita de hogar. No terminamos nunca. La pila de documentos en el escritorio no cesa de crecer. La lista de tareas no cumplidas se hace cada vez más larga. Son tantos los asuntos que dependen de nosotros como Párrocos. Muchas veces son precisamente aquellos asuntos que nuestros colaboradores no quieren resolver: temas administrativos, problemas personales, tensiones entre ellos mismos, tantas cosas que aclarar y solucionar. Nos endosan todo lo desagradable. Tenemos que ser y actuar como gerentes y organizadores. Pero sin dejar de ser pastores y de llevar una vida espiritual.

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo puedo manejar estas situaciones, realimentar el espíritu y procurar que no se extinga en mí la alegría de mi vocación y misión?

Hace ya muchos años que nuestro Padre José Kentenich consideró estrategias y buscó caminos para responder a esas preguntas. Sus consejos y orientaciones puede que sean hoy incluso más apreciables que entonces. Vemos en torno nuestro a muchos hermanos sacerdotes buscando por su cuenta, como asimismo diversos grupos y comunidades sacerdotales de otros movimientos o corrientes espirituales ensayando medios y subsidios para proveer a esas necesidades. Tienen, por ejemplo, días de oasis, días de desierto, días de recolección espiritual y otras iniciativas similares. En nuestras comunidades sacerdotales schoenstattianas conocemos la praxis de la “renovación espiritual” de cada mes. Así la denominó nuestro Fundador, y nos aconsejó no entregarnos desarmados al agresor ni dejarnos arrastrar por la corriente.

La experiencia muestra que estos tiempos de renovación espiritual deben estar firmemente incluidos y asegurados en nuestra agenda. Yo he aprendido a tomarlos en serio, tal como otros compromisos importantes que no se borran simplemente de un plumazo, aunque coincidan con otros compromisos impostergables. En nuestra comunidad tenemos hace muchos años la experiencia de que es bueno reservar para ello 5 (cinco) horas. Concordamos también en el deseo de tener estas horas en común. Nuestro Padre Kentenich exhortó muy tempranamente a los cohermanos a tomarse este tiempo de 5 horas. Y le adjudicó mucha importancia al elemento relajación y recuperación de sueño. Veía en ello un presupuesto natural indispensable para el objetivo espiritual que se pretende alcanzar. Dice, al respecto, en una plática de 1952 en Brasil: “ Estas son cosas que yo vengo aconsejando hace tanto tiempo y con tanta frecuencia. Hagan ustedes lo que ya saben por experiencia. Lo mejor para mí es tomar rápidamente distancia de la rutina y compromisos diarios. Idealmente en un claustro cercano o en cualquier lugar donde encuentre descanso y tranquilidad para hacer mi renovación espiritual. Si partimos de la base de que

dispongo de 5 horas, tomaré 3 para dormir. Un componente de mi renovación espiritual es que yo recupere sueño, lo más que pueda. Eso asegura que en el corto tiempo que ustedes han reservado para estar con Dios puedan lograr los objetivos deseados. Yo quiero renovar mi espíritu, quiero estar otra vez despierto y disponible para las cosas de Dios y la vida espiritual”. Creo interesante citar la descripción que nuestro Padre hace del sentido propio de la renovación espiritual: “ quiero renovar mi espíritu, quiero estar otra vez despierto y disponible para las cosas de Dios y la vida espiritual”. Es evidente que él conoce por experiencia que para alcanzar esas metas deben respetarse exigencias de la naturaleza. Tengo que recuperar sueño, estar de nuevo en plena posesión de mis facultades, tener descanso y tranquilidad si es que quiero permanecer abierto a la voluntad y a las cosas de Dios.

En las consideraciones siguientes procuraré, en el espíritu de nuestro Fundador, señalar los pasos de una renovación espiritual, tal como hace muchos años yo mismo la practico. Desearía que cada uno aporte su propia experiencia y la coteje con lo que voy a exponer. ¿Cómo lo hago yo? ¿Conozco otras formas de hacerlo? O tal vez me sirvan, estas sugerencias probadas en la práctica de nuestras comunidades sacerdotales schoenstattianas, para inyectar nuevos impulsos y coherencia en mi vida espiritual.

Primer paso : TOMAR DISTANCIA Y DESCANSAR

Para mí el primer paso es tomar distancia y descanso. Uno debe distanciarse de la rutina diaria. Nada de quedarse en el escritorio ni ante el computador ni cerca del teléfono; ojalá no quedarse en la oficina ni en la casa parroquial, donde me puedan alcanzar los timbrazos y telefonazos y sacarme de la concentración a la que aspiro en mis próximas 5 horas. Alguno encontrará en su santuario-hogar el lugar apropiado para hacer su retiro. O tal vez haya una capilla, un santuario cercano, una

iglesia donde pueda retirarme. El Padre Kentenich habla de de lugares de santo recogimiento y señala “un claustro cercano” como lugar conveniente. Con mucha frecuencia, al comenzar la renovación espiritual, yo tomo físicamente distancia; camino o conduzco a un lugar apartado. Siempre ayuda un cambio de lugar, un cambio de ambiente. Hace bien no estar accesible por algún tiempo. Cuando hago renovación espiritual quiero tener tiempo para mí y para mi Dios! “Porque yo me lo merezco”, como dice el anuncio comercial de una empresa de turismo. También me resulta útil peregrinar un tramo o simplemente vagar y aspirar aire fresco, para volverme a sentir verdaderamente libre.

Segundo paso : RETROSPECCION Y DEGUSTACION

Mi segundo paso es mirar hacia atrás, el mes que ha terminado o está a punto de terminar. Mi intención es volver a captar el contenido pleno de lo ocurrido en esos 30 días. No se trata, para mí, de un examen de conciencia. Simplemente quiero contemplar y revivir atentamente lo que ha sucedido en estas 4 semanas. Con sólo caminar ya me surgen los primeros recuerdos. Y yo los dejo brotar y no termino de asombrarme de cuántas cosas han ocurrido en ese mes. A veces, para asegurarme, echo una mirada a mi agenda y compruebo que me había olvidado de algunos sucesos. A menudo han sucedido tantas cosas, que un acontecimiento termina desplazando a los demás. Creo que todos compartimos esta experiencia. Nuestra agenda suele ser tan apretada, que un compromiso deja en la sombra a los otros. Y así nos pasa que las conversaciones hermosas y las reuniones exitosas a menudo desaparecen de nuestra memoria, borradas o ensombrecidas por el próximo, urgente compromiso.

¿Hacia dónde apunta esta retrospectión? La idea es revivir los ecos de cada acontecimiento del mes, y no pasar de una impresión a otra sin profundizar su contenido, como suele

sucedernos en la acumulación de tareas diarias. Tantas tareas, tantos compromisos nos tientan a hacer las cosas superficialmente y como por cumplir, privándonos de la alegría y satisfacción del trabajo bien hecho. Con frecuencia no llegamos a manifestar, o sólo en forma muy parcial, lo que podemos y debemos ser para Dios y para los hombres. Y sin embargo hay tanto en nuestro ministerio sacerdotal por lo que podríamos sinceramente alegrarnos. Aquí un encuentro o conversación que me llenó. Allá una celebración litúrgica que me conmovió. O la alegría de los niños o la felicidad de una pareja de novios, o unas exequias que sacaron a luz tantos valores humanos. Pero había que ir rápidamente al próximo compromiso.

Por eso nuestro Fundador nos aconseja reconsiderar y degustar los acontecimientos. Nuestra experiencia nos enseña que la sucesión interminable de tantas cosas nos impide disfrutar el valor de cada una. El utiliza al respecto una imagen muy sugerente: “cada suceso de mi vida quiere atraer mi atención y se puede comparar con una catedral, una iglesia en cuya torre se yergue nuestro Dios. Y yo debo poner una escalera, escalera para el entendimiento, escalera para el corazón. Escalera para el entendimiento: reconocer en todo la presencia de Dios. Escalera para el corazón: en todas las cosas abrazar a Dios con el afecto del corazón”. Preciosa imagen. Con frecuencia tengo a la vista la torre de la catedral de Friburgo. De momento se ve allí una enorme escalera metálica. La última vez me hizo recordar esta frase de nuestro Fundador. Subir por la escalera y en la cumbre abrazar al Dios de la vida.

De las cosas que hacemos como pastores hay muchas en las que podríamos honestamente alegrarnos y por las que deberíamos agradecer. El ajetreo nos impide hacerlo. Podemos y debemos revertir esta situación. Reconsiderar y degustar lo vivido puede y tiene que causarnos alegría. Por eso no es bueno comenzar la retrospectión con las vivencias negativas y el examen de nuestras faltas por las que deberíamos golpearnos el pecho. Por cierto, ya habrá que hacerlo en algún momento, pero no como prioridad. No imitemos a los escarabajos, que lo primero que buscan son los cadáveres en la vera del camino. Hay que

priorizar lo bello y lo positivo, tomar como ejemplo a las mariposas, nos dice nuestro Padre y Fundador, hablando de estos temas a la juventud femenina.

A menudo descubro, cuando finaliza el mes, la riqueza de lo allí acontecido y me asombro de su contenido. Una alegría tras otra. Alegría y acción de gracias por conversaciones y encuentros, por noticias, por cartas, por celebraciones y festejos. A veces brota de esta retrospectiva una auténtica letanía de acción de gracias. Y con la gratitud crece la alegría.

En seguida miro hacia lo que no fue bueno en este mes. No es necesario que reprima lo que me ha fastidiado o molestado o entristecido en este período. También hemos de consagrar la debida atención a lo que nos enojó o nos dejó frustrados, a lo que nos resultó mal o nos mereció ser criticados. Dejemos que afloren otra vez esos recuerdos y sentimientos. Puede que haya meses en los que reine un caos en lo que sentimos. Pienso que es bueno y necesario ofrecerle esto al Señor y vocalizarlo para nosotros mismos, de modo que podamos luego expulsarlo de nuestra alma. Existe también una higiene del alma, y conviene a veces hacer una descarga de lo acumulado en el curso de un mes. Pienso que si hiciéramos esto repetidamente, nos protegeríamos también de complicaciones estomacales. Esta descarga abierta y tranquila puede ayudarnos a evitar que ante la próxima, mínima provocación o palabra hiriente, el vaso se desborde. Muchos explotan y luego se preguntan por qué, si las cosas no eran tan malas. Sucede porque había mucho material no digerido.

Nuestro Padre utiliza al respecto una expresión peculiar, que encontré en un Terciado para sacerdotes. El dice que deberíamos “dejar sangrar la herida”. Creo que detrás de ello se esconde la experiencia de que, tanto en el plano físico como espiritual, hay heridas y lesiones que necesitan tiempo para que terminen de sangrar. El Padre cuenta con que se darán tales experiencias en nuestro ministerio y en nuestras comunidades. No se asombra por ello, por mucho que queramos ser santos. Es nuestro Padre y fundador quien nos pide y nos invita a dejar

sangrar tales heridas. Esta imagen nos ayuda de por sí a no pasar superficialmente por dichas heridas, sino representárselas al buen Dios, a la Madre de Dios, a la Pietà.

Al final del mes todo debe culminar armoniosamente: lo hermoso y lo defectuoso. Tiene que culminar en un Magníficat y un Miserere. A veces me imagino sentado ante un enorme órgano de tubos, en una iglesia imponente. Apago todas las luces, incluida la del órgano, y entono en el pedal un Miserere o un Kyrie y arriba, en el teclado manual, poco a poco, un Magníficat o un Aleluya. Ambas melodías tienen que fluir y ser reconocibles, oscilar alternativamente y culminar armoniosamente. Esta es la melodía que deseo para mi corazón al final de cada mes.

Tercer paso: REALIMENTAR EL ESPIRITU

Este es el nombre que me gusta dar al tercer paso: realimentar el espíritu. Pienso que la renovación espiritual tiene que contribuir a la restauración del espíritu por el cual vivimos. Con el término “realimentar el espíritu” entiendo expresar lo que debe ocurrir al interior de una renovación espiritual. Nuestro Padre y Fundador enfatiza reiteradamente, en su educación y acompañamiento espiritual, el cultivo del espíritu. Busca solucionar muchos problemas por la vía de renovar la motivación espiritual.

No se trata de quedarse en la retrospectiva o en un balance: quiero equiparme para el próximo tramo, para el próximo mes, de modo de mantener la alegría en mi trabajo sacerdotal. Es bueno tener a punto y aprovisionado el motor espiritual. En todo caso, no quiero desperdiciar este precioso tiempo de renovación en husmear en la biblioteca u hojear largamente los libros hasta encontrar en alguna parte lo que me pueda servir de edificación y reanimación. Conviene tener a mano un texto que alguna vez nos llamó la atención en el Vaterstudium, por ejemplo un capítulo o un artículo especialmente motivador. En

este tercer paso de la renovación me valgo también de las anotaciones personales que hice en anteriores ejercicios. Desde que lo hago, siento que esos ejercicios continúan haciendo efecto y produciendo fruto más allá del día y del año. Entonces ocurre lo que nuestro Padre llama reposar en una gran idea que nos sostiene y plenifica.

Cuarto paso: DEJARSE TIEMPO PARA ORAR

Para mí ha llegado a ser importante disponer, en cada renovación espiritual, de un tiempo más prolongado para orar. Como sacerdotes celebramos diariamente la Eucaristía. Nos esforzamos por rezar la Oración de las Horas, como es nuestro deber. Muchos de nosotros practican la media hora de meditación diaria. Todos sabemos que nuestra vida espiritual está fuertemente comprimida, hasta el punto de que a veces nos damos por satisfechos con siquiera haber hecho esa media hora en forma interrumpida. Por eso es bueno que en el día de renovación aseguremos suficiente tiempo para empaparnos de Dios en la oración.

Tomar para ello una hora en el día de renovación hace realmente bien. Me busco para ello un lugar que me ayude a permanecer en oración y no volverme a distraer. La idea es que la oración litúrgica y el Oficio divino se prolonguen en mi oración personal. Me alegro si tengo la oportunidad de ir a un santuario cercano. Alguno irá a su templo parroquial y rezará delante del Santísimo. Escojamos un lugar del cual sepamos que allí podemos rezar como corresponde, un lugar que sirva para unificar nuestros pensamientos y nuestro ser mismo en Dios. Podemos, además, invitar a la Virgen y a los santos para que con su entrega y su concentración permanezcan cerca de nosotros y nos ayuden a orar realmente. También me sirve imaginar que estoy en el cenáculo y rezo con María en medio de los Apóstoles.

Como objetivo final de este tiempo de oración tengo en mente lo que nuestro Padre Kentenich calificó una vez como definición de la oración: “concentrada autodonación a Dios”. No es cuestión aquí de hablar mucho o cumplir con una determinada cantidad de oración, sino de que Dios llegue a ser el núcleo fundamental de nuestra vida, de que permanezcamos en El como un niño en el regazo y en El alcancemos la paz. Es el tipo de oración que el Santo Cura de Ars quería proponer a sus feligreses, cuando en una prédica relató el caso de un señor que se sentaba en el templo y al ser preguntado qué hacía, respondió : “yo lo miro y El me mira”.

Después de un tiempo así, de oración sin palabras, podemos rezar simplemente como corresponde a nuestra vocación y a nuestras circunstancias. Como párrocos y curas, tenemos siempre a muchas personas ante nuestros ojos. No somos solterones ni jubilados. No nos hicimos sacerdotes para nosotros mismos, sino para los demás. Por eso nuestra oración puede estar totalmente marcada por aquellos que nos han sido confiados, vale decir, por personas y nombres muy concretos. Enunciar simplemente sus nombres y presentarlos al Señor, junto con todo lo que ellos nos evocan, eso es para mí rezar como un pastor.

Delante de Dios y de la Madre de Dios llamamos por su nombre a las personas que pronto encontraremos de nuevo en nuestra pastoral, y por las cuales somos responsables ante Dios. Cuando hemos rezado así por alguien, el encuentro posterior con él es de otra naturaleza, con frecuencia mucho más intenso. Jesús habla de los suyos en el contexto de la imagen del buen pastor. Así debería ocurrir en nosotros: que con el tiempo empecemos a hablar de los nuestros y yo de los míos. Somos pastores, y hay personas que tienen un legítimo anhelo de que las conozcamos y las llevemos en el corazón como lo hace un pastor con sus ovejas.

Quinto paso : CREAR SEGUROS PARA EL PROXIMO MES

Y ahora viene el último paso, el quinto de la renovación espiritual. Se trata de asegurar mi vida espiritual para el próximo mes. Hacia el término de la renovación siento la necesidad de dejar algo fijo, por ejemplo escribir en mi Diario algo que pueda releer allí mismo el próximo mes. Hay que asegurar la renovación. Procuro captar y fijar los pensamientos centrales que me han movido y han encontrado eco en mi alma en esta renovación. ¿Qué nuevo valor ha crecido en mí o me ha sido regalado? ¿Qué cosa pienso que me puede servir para el próximo mes o ha cobrado nueva importancia para mí? Para ello conviene registrar un par de apuntes en el diario, teniendo en cuenta que si no lo hacemos en el momento, la rutina del mes puede que nos sorprenda demasiado cansados, o se nos haga demasiado tarde. Nuestro Padre Kentenich siempre nos estimuló a tomar decisiones y fijar propósitos en relación al mes entrante. No recomendaba una larga lista de buenos propósitos, sino un punto específico en el que se debería centrar el esfuerzo del mes. Es mejor asegurar un solo objetivo que anotar muchos propósitos, ya que conocidamente el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones. Es bueno concentrarse en algo que sea posible y fundamente la esperanza de que realmente ayudará. Nuestro Padre lo caracterizó con un concepto jesuítico: Examen particular. Y nos alentó a componer un Horario espiritual, que pueda ayudarme en mi situación en el mundo (no en el monte Athos ni en un monasterio contemplativo) a seguir siendo una persona llena de espíritu.

Me queda todavía un subsidio que encuentro en nuestro Fundador. El nos aconsejó, para el aseguramiento de nuestra vida y empeño espiritual, apoyarnos no sólo en nuestra buena voluntad, sino también escogernos un hermano que reciba la cuenta de lo que hacemos y nos brinde acompañamiento espiritual. Valoremos este “sello de seguridad” que es la cuenta mensual y el acompañamiento espiritual por un cohermano. A veces será bueno y necesario, en el día de renovación llamar al director espiritual o confesor y fijar fecha para el próximo encu-

entro. También eso es un seguro exterior para nuestra vida espiritual. Necesitamos estos subsidios, precisamente porque estamos tan asediados de compromisos y solicitados por otras personas en el curso del mes. Ello hace importante establecer este vínculo y seguro espiritual.

Quiero hacer algo para mantener mi sacerdocio lleno de espíritu, de modo que pueda siempre regenerarse y renovarse. No quiero perder la alegría de la vocación y misión en las que estoy encaminado. La renovación espiritual es una buena ayuda para lograr ese objetivo. Ayuda contra el peligro de que el alma se quede sin combustible. También previene contra la rutina y contra la subrepticia erosión del edificio y vida espiritual. Ayuda a que la alegría permanezca!

Traducción: Raúl Hasbun – Chile – Junio 18, 2010

Oración al Espíritu Santo

Espíritu Santo ,
eres el alma de mi alma.
Te adoro humildemente.
Ilumíname, fortifícame,
guíame, consuélame.
Y en cuanto corresponde al plan
del eterno Padre Dios,
revélame tus deseos.
Dame a conocer
lo que el Amor eterno desea de mí.
Dame a conocer lo que debo realizar.
Dame a conocer lo que debo sufrir.
Dame a conocer lo que silencioso,
con modestia y en oración,
debo aceptar, cargar y soportar.
Sí, Espíritu Santo,
dame a conocer tu voluntad
y la voluntad del Padre.
Pues toda mi vida
no quiere ser otra cosa,
que un continuado y perpetuo sí,
a los deseos y al querer
del eterno Padre Dios. Amén.

P. José Kentenich / Kardinal D. Mercier

Oración del Cíngulo

Átame Señor y Ten Misericordia de Mí...

Átame a ti y a tu Amor.

Átame a tu Madre.

Átame a mi Vocación.

Átame a...

Desátame Señor y Ten Misericordia de Mí...

Desátame de girar siempre en torno a mí mismo.

Desátame de todo lo que me empuja hacia abajo.

Desátame de todo lo que me quita libertad.

Desátame de...

Vincúlame Señor y Ten Misericordia de Mí...

Vincúlame con mi Obispo y con mis Hermanos.

Vincúlame con mi Familia Espiritual.

Vincúlame con mi Comunidad.

Vincúlame con...

(Basado en un Impulso Espiritual del P. José Kentenich)

Oración Adsum

¿Quieres mi trabajo?:

- Aquí estoy.

*¿Quieres que todas las
fuerzas de mi espíritu
lentamente se desangren?*

- Aquí estoy.

¿Quieres mi muerte?

-Aquí estoy,

*pero procura que todos
los que tú me has confiado
amen Jesús,
vivan para Jesús
y aprendan a morir por Jesús.*

*José Kentenich, Cárcel de la Gestapo de Coblenza,
5 de enero de 1942.*

